

NOTAS PARA UNA POLÍTICA DE LA LITERATURA

Sergio Cueto

¿Está la literatura ligada a lo político? La pregunta debe entenderse en un sentido muy preciso. No cabe duda de que la política está ligada a la literatura, y de múltiples formas, ya sea por la apropiación, el uso, la censura. Pero no es tan indudable que la literatura tenga relación con la política, que ella sea o pueda ser primaria, fundamentalmente política. Al menos se nos hace presente esto: las relaciones de la política con la literatura no equivalen a las relaciones de la literatura con la política. Política y literatura no están nunca en una relación simétrica sino que se sitúan desde el principio en un espacio de heterogeneidad. Ello es así aun aceptando que política y literatura constituyan entidades diversas, como dos objetos separados que sólo después entrarían en relación. Porque esta perspectiva es ya la de la literatura, y supone una cierta concepción, una cierta interpretación de lo político y de la política. En efecto, la política sólo mantiene relaciones derivadas con la literatura, relaciones que, en principio al menos, y en lo esencial, no difieren tanto de aquéllas que mantiene con el periodismo y con la publicidad, por ejemplo. En cambio, si llega a ser posible afirmar que la literatura es política desde el comienzo, que en el acontecimiento literario literatura y política son inseparables, ello responderá a una profunda transformación de los conceptos, no sólo del concepto de política sino también, y quizá sobre todo, del concepto de literatura. Hasta el punto de que tal vez debamos decir que los términos conceptuales de la relación política-literatura no son idénticos a los de la relación literatura-política. Con lo cual regresamos a la disimetría y a la heterogeneidad fundamentales de la relación.

Así pues, nosotros únicamente preguntamos: ¿está la literatura ligada a lo político? La pregunta encuentra su punto de partida, su punto de vista en la literatura, y no en la política. Creemos que las formulaciones clásicas del problema pertenecen a la perspectiva opuesta. Se trata en ellas de preguntar por la literatura *desde* la política, o mejor, de preguntar por lo político *a* la literatura. Pero ocurre que a menudo la literatura no responde. A la aparente (sólo aparente) confirmación de los presupuestos del inquisidor que da la novela, sucede el silencio indiferente de la poesía, que es expulsada más allá del sistema como una anomalía monstruosa. Y sin

embargo, ¿hay algo más profundamente político, aun en el sentido vulgar de esta palabra, que la poesía de Paul Celan?

Es evidente entonces que formulada desde lo político la relación literatura-política permanece exterior, accidental, en tanto es un objeto más, un mero objeto en la representación. Lo esencial es que en esta interpretación es necesaria una mediación entre literatura y política, es decir, un tercer término o un *medium* común que permita reunir las, determinarlas como reunidas. Sabemos el papel que ha cumplido la ideología a este respecto. Sin embargo, nos parece que en la crítica ideológica funciona un presupuesto aún más fundamental y que ella comparte con el discurso contra el que cree levantarse. Este presupuesto es el siguiente: la literatura, no importa de qué modo y con qué matices, forma parte de la *cultura*, es una manifestación cultural. Aun si viene a señalar las contradicciones inherentes a la cultura burguesa, a revelar la violencia bárbara que sigue a toda cultura como su sombra, la literatura siempre es pensada como el quehacer de la cultura, como el resultado de dicho quehacer. Ahora bien, si la literatura (v.g.: la poesía) escapa a la representación política es porque no participa en modo alguno de la cultura. La literatura no es "cultura", y por tanto no es "política" en un sentido "cultural". La cultura se define por operar una homogeneización y una totalización del quehacer humano. La cultura es apropiación, acumulación y preservación; su función es crear un fondo de pertenencia para una edificación progresiva y regulada. Conservación y progreso son los valores de la cultura: conservación del pasado, construcción del futuro sobre ese fundamento a favor de una estricta continuidad del presente. La cultura es un cierto ejercicio del poder, quizá la quintaesencia, el resumen sublimado y absoluto de dicho ejercicio, la manifestación más cabal del movimiento dialéctico-político. Por eso la cultura ya está siempre en sí misma justificada: porque no deja nada fuera de sí; ella es el bien, la confirmación última y más gloriosa del poder humano, del hombre como poder.

La literatura, en cambio, no está justificada, fundada. Es más, ella misma es su propia interrogación, la interrogación por su propia razón de ser. Si puede decirse, con Blanchot, que la literatura es lo irreductible, lo irrecuperable para y por la cultura, que es contestación del poder establecido, de lo que es, del lenguaje y de las formas del lenguaje literario, es porque en primer lugar es contestación de sí misma como poder. No es que ella simplemente se refute, pues la refutación es el mayor poder. La fuerza

de contestación de la literatura proviene de su ser-pregunta, su fuerza de contestación, es decir, de negación o de rechazo, proviene de su ser-afirmación, afirmación que es un más allá o un más acá de la cultura. La contestación es siempre un efecto de la afirmación-interrogante, de esa interrogación que afirma.

Pero ¿qué afirma esta interrogación que es la literatura? No un valor, tal o cual valor, ni siquiera la revolución como valor. No a sí misma, puesto que precisamente ella se pone en duda a sí misma, ya sea como obra, como lenguaje, como poder de afirmar. La afirmación, el *sí* de la literatura dice tan sólo esto: hay literatura. Este “hay” es precisamente lo que queda cuando la cultura o las fuerzas culturales-políticas lo han recuperado todo para el movimiento dialéctico. Cuando Blanchot dice de la obra: la obra sólo dice que es, y nada más, enuncia el azaroso, incausado, inefectivo, neutro, irreductible ser de la literatura. Afirmación vacía, sin duda, pero cuyo vacío amenaza la plenitud del presente, la memoria del origen, la planificación del mañana, la totalidad actual, conservadora y constructiva del movimiento cultural.

Sin duda, lo que llamamos a diario “literatura” no deja de hacerse cómplice de la realización de la cultura. La obra literaria termina casi siempre realizándose en el mundo; la afirmación vacía se convierte en comunicación de valores, de verdad, de sentido. Como dice Blanchot: en lugar de ser la fuerza del comienzo, se vuelve cosa que comienza, realidad subsistente que recibe su sentido del movimiento de las épocas y las exigencias de la historia, obra que trabaja al modo de las obras del mundo, y participa del movimiento dialéctico por lo que refleja del lenguaje corriente o de la verdad común. Pero la literatura tal como intentamos pensarla, como afirmación, no está ligada a la Historia, que es siempre la Historia mayúscula de los valores y de la conquista de los valores, de la lucha dialéctica por el poder. La literatura es inaugural en el sentido de que afirma un porvenir que no es un mero futuro, lo imprevisible para toda previsión, lo intempestivo en el tiempo. Por la literatura así entendida, como acontecimiento singular e improbable, la historia “salta”, recomienza, es impulsada innecesariamente a lo posible. No sólo el conservadurismo histórico, sino tampoco el revisionismo ni el reformismo pueden dar la medida histórica de la literatura. Ni siquiera la revolución lo puede, en tanto lleve implícita la idea de una cierta fundación, esté guiada o conducida por ella. La historia y la cultura comienzan con la literatura,

recuperándola a través de una tergiversación y una disimulación esenciales; pero la literatura no comienza, no prosigue, no concluye: es el repliegue sin duración del comienzo en la proximidad del origen.

De hecho, la literatura se institucionaliza y, como institución, colabora con el desarrollo de la cultura, con la evolución histórica; pero el destino de la literatura está en un porvenir tanto más lejano que cualquier futuro cuanto que se funda en un pasado anterior a toda memoria; y la institución y la historia sufren a veces la irrupción de este porvenir que no buscaban, de este pasado que es su olvido, y se ven obligadas a muy variados movimientos y estrategias para recomponer el todo y la homogeneidad del todo.

“En sí misma”, pues, la literatura no está al servicio de ningún poder; al contrario, es, como dijimos, la destitución de todos los poderes y de la noción misma de poder: una afirmación que no es un poder. Debemos concluir que la literatura no sirve a las luchas políticas. Las luchas políticas, ya sean de partidos, de clases, de naciones, son siempre dialécticas, con miras a la obtención del poder, un poder central, unificado, dominante, jerárquico. La literatura es extraña, heterogénea a la política en este sentido. Políticos son quizá sus efectos, pero en ellos ya desaparece, o mejor se disimula, siendo esta disimulación no un accidente cualquiera sino tal vez la esencia misma de lo literario.

Quizá haya que preguntarse entonces si lo “político” de la literatura está menos en la fuerza propia de la obra que en esa otra fuerza que se apropia de ella, no deja de apropiarse de ella, y que llamamos la *crítica*. A la aserción de Blanchot: la obra sólo dice que es, cuyo origen está en Heidegger, hay que contraponer o adjuntar la de Deleuze-Guattari y la de Foucault: la obra es una caja de herramientas, cuyo origen está en Nietzsche. Según esta última definición, lo político ya no pasa por el “texto” sino por las fuerzas de apropiación del texto. Sin embargo, hay que añadir de inmediato que si ello es así es únicamente porque el texto es ya fuerza, no es más que fuerza. Queda en pie la cuestión acerca de si esta fuerza, la afirmación de la obra, puede o no ser llamada política.

No nos parece que la relación literatura-política reclame de la teoría una “nueva” concepción de la literatura. Más bien se trataría de reconsiderar el concepto de “política” tal como hasta aquí lo hemos utilizado. Quizá entonces descubramos que la literatura es intrínseca, inmediatamente política, sin necesidad de mediación alguna. Esta reformulación es la que

guía los trabajos de Deleuze-Guattari. Ellos oponen, por un lado, la macropolítica, política de mayorías y de minorías, pero cuyo objetivo único y último es alcanzar la mayoría, esto es, el poder, la centralidad del poder, y por el otro, la micropolítica, política cuyos sujetos ya no son las clases, las razas, los partidos, sino singularidades inasignables, multiplicidades irreductibles, devenires no estabilizables, que tienden a destituir los paradigmas, a desarreglar los estados o los hechos macropolíticos (el partido, la comunidad, el sindicato), en la medida en que no se dejan dominar por ellos; y cuyo objeto, por otra parte, ya no es tomar el poder sino arruinar la centralidad del poder: descentralizar, atravesar, dispersar. A los estados, pues, a lo estático, a lo unitario y homogéneo, se opone el acontecimiento, el devenir, lo múltiple, lo heterogéneo. Pero esta oposición no consiste en una confrontación a partir de una separación distintiva: por un lado... y por otro... El devenir es el devenir *de* los estados, la heterogeneidad es la heterogeneidad *en* lo homogéneo. De allí que el devenir, la fuerza propiamente micropolítica, sea inasimilable por ningún poder macropolítico, escape siempre a sus cristalizaciones, es más, se defina por esta fuga; pero de allí también que los efectos de dicha fuga sean perceptibles siempre y únicamente en lo macropolítico, en las relaciones de clase, de partidos, etc., que no tardan en apropiarse de ella, en obstruirla y detenerla poniéndola a su servicio. La instancia, el centro de poder habrá debido desplazarse, pero volverá a constituirse en ese lugar, y, en ese lugar, se habrá disimulado ya la fuerza micropolítica, estará en otra parte, inasignable a ninguna centralidad.

Si la literatura está ligada de algún modo a lo político, lo está a lo que Deleuze-Guattari llaman micropolítica y no a la política tal como la habíamos caracterizado al comienzo. Sin embargo, nos seguimos preguntando si la micropolítica así definida no es meramente indiferente a lo político, si no es política tan sólo por sus efectos, es decir, no sólo secundaria y derivadamente, sino sobre todo allí donde ya no está, en ese punto en el que ya es ausencia. La relación literatura-política sigue siendo entonces problemática. Sólo política por sus efectos, la literatura, sin embargo, es indiferente a la efectividad de cualquier efecto, al efecto mismo, aun al efecto propiamente estético. ¿Tenemos derecho a llamar "política" a esta indiferencia? Quizá. En todo caso, no tenemos aún una respuesta.

Lo primero que obsta en la consideración de este problema es la noción de *real* tal como está pensada por Deleuze-Guattari. En la literatura nada

es representación, todo es real. La literatura no representa una realidad exterior a ella misma y se constituye como realidad derivada, reflejo o duplicado, sino “que escribe materialmente en lo real”, esto es, se inscribe en lo real y es lo real lo que se inscribe en ella. ¿Cómo es esto posible? O mejor, antes más bien: ¿qué significa? No quiere decir que la literatura sea un ente entre otros, ni que haga efectivamente la revolución, puesto que para ello, sabemos, es necesario arrojar la pluma bajo la mesa. Lo real no es para Deleuze-Guattari el mundo entendido como el conjunto de los hechos, el mundo fáctico; lo real, lo realmente real es el devenir, el devenir y no el término del devenir, el devenir y no el estado. Pero precisamente, por el devenir, por obra del devenir, se comprende que todo, que cualquier estado es *a priori* imprevisible, que todo estado tiene por “fundamento” el devenir. Este es el primer efecto, el efecto más inmediatamente político de la literatura. Si hay que decir que la literatura es real, es en la medida en que pone en devenir todos los estados, en la medida en que los mantiene abiertos al porvenir. En otro sentido (el mismo), si hay que decir que la literatura se inscribe o se sitúa en lo real, es porque ella se define únicamente por su relación con el *afuera*, porque su lugar, o mejor, su no-lugar, es el afuera, es decir el “entre” de los estados. La literatura se inscribe “entre” dos órdenes o estados de hecho o de lenguaje precisamente en la medida en que abre los estados al porvenir. Ello no significa que se inscriba en el futuro. El porvenir es lo que se anuncia en el devenir virtual del estado actual, el “entre” un estado presente y un estado futuro, ambos igualmente actuales. Lo “real” es entonces únicamente el devenir virtual de todos los estados que lo efectúan en la “realidad”. Sólo de este modo es posible comprender el carácter de “real” asignado a la literatura. La literatura es real en tanto su lugar es el afuera. Así se comprende también, de paso, por qué la literatura escapa a la Historia, por qué es el anuncio siempre adelantado del porvenir y el repliegue de un acontecimiento que sólo subsiste en sus efectos, inolvidable únicamente en tanto olvido.

Sí, la literatura opera o se inscribe en lo real, es más, inventa realidad. Por eso de ningún modo su relación con la política puede ser la del “compromiso”, como si la literatura “saliera” de sí misma, su recogimiento y su encierro, o bajara de su torre o de su nube a la calle y a las barricadas. En esos planteos ya está en juego una cierta estrategia política, una interpretación política de la literatura, aquélla que reduce a la literatura a manifestación ideológica, a mera “representación” del poder. Pero nos

equivocaríamos igualmente si creyésemos que la operación de la literatura es una forma de “producción”, “producción significante”, como se dice, pues entonces hay que preguntar: ¿cuál es el sujeto productor, el trabajador de la literatura?, ¿cuál es su materia prima?, ¿cómo puede esta materia transformarse en sentido, cómo puede lo real devenir significante? Si la hipótesis dice que la literatura es inmediata, inmanentemente política, es porque ya está en el afuera, es la apertura misma al afuera, la experiencia del afuera. Ahora bien, para que dicha afirmación no constituya una mera petición de principio se hace necesario considerar esta experiencia misma, preguntar de qué modo la literatura nombra la relación con el afuera, y, luego, por qué esa relación puede ser caracterizada como “política”.

Para ello hay que partir de la lengua. La lengua no puede ser pensada como un sistema homogéneo y autosuficiente, cerrado sobre sí mismo y completo. En primer lugar, ello plantearía justamente el problema de la representación: ¿cómo es ésta posible?, ¿cuál es el fundamento de la designación (de objetos y de estados de cosas) y de la expresión (de ideas y estados efectivos)? El fundamento de la representación no puede ser él mismo representativo. Se trata de un orden completamente diferente. La lengua es primariamente enunciación, esto es, acontecimiento. La lengua opera en lo real, es operación y no sistema. Ello queda claro si precisamos el carácter de este acontecimiento. Podemos hacerlo refiriéndolo a la performatividad tal como ha sido formulada por Austin e interpretada por Deleuze-Guattari. La lengua no representa, en todo caso es representación sólo secundariamente y por efecto. En verdad la lengua opera, interviene en los cuerpos sometidos a una transformación propiamente incorpórea (*Ego baptizo te...*). La lengua es este poder de transformación incorpórea respecto de los cuerpos a los que se atribuye. En segundo lugar, debemos decir que no hay *la* lengua sino una pluralidad de lenguas en cada lengua, en cada discurso. Lo que llamamos *la* lengua es solamente la lengua dominante, no la lengua madre sino aquélla que ha tomado el poder. Sin embargo, la lengua dominante supone lenguas dominadas que resisten a la unificación que aquélla trata de imponerles; supone toda una lucha estrictamente política que tiene que ser analizada en cada caso, histórica y geográficamente.

Ahora bien, debemos preguntarnos si estos dos aspectos pueden ser aplicados, sin más, a la literatura. ¿No sufre la lengua una transformación radical por obra de la literatura? Más precisamente: ¿De qué clase es el acto

incorporal que opera la literatura? ¿A qué cuerpos se atribuye dicho acto (pensemos, por ejemplo, en el *Ego baptizo te...* que Acab pronuncia en *Moby Dick*)? Para comprender la importancia del problema basta recordar que Austin había excluido estos casos como parasitarios, en la medida en que constituían un uso “no serio” del lenguaje. No se trata de oponer la ficción a lo real, la literatura a la vida, sino de interrogarnos por lo que le ocurre al lenguaje por obra de la literatura. Para evitarnos un largo rodeo, simplemente mencionemos lo siguiente: En la lengua que, impropriamente, llamaremos cotidiana, el acto es esencialmente negativo, es negación. No hace falta recurrir a Blanchot o regresar hasta Hegel para mostrarlo. Deleuze-Guattari lo dicen al afirmar que la “consigna” (el nombre con que ellos interpretan el ilocutivo de Austin) es siempre una sentencia de muerte, da la muerte a aquél que la recibe. Sin embargo, esta muerte, esta negación no se reduce a la mera nulificación sino que produce. La negación está encaminada a distinguir, a separar; más precisamente, a determinar. Distingue masculino y femenino, singular y plural, sujeto y predicado en el plano de la expresión, y distingue hombre y mujer, individuo y grupo, sustancia y accidente en el plano del contenido. Lo producido es, pues, lo determinado a través de las “constantes” de expresión y de contenido, constantes a las que nos sometemos en nuestro discurso y que someten nuestro cuerpo. Para dar, con ligeras variantes, un ejemplo de Deleuze-Guattari, decir: “Ya no eres un niño”, significa distinguir a alguien como aquél que ya no juega, no debe jugar con el lenguaje (con la verdad, con el sentido, con la corrección) y como aquél que ya no está en edad de llorar o que está en edad de asumir responsabilidades, etc., etc. Es un modo de inscribirnos en un paradigma. Pero es preciso subrayar que esta negación no es simplemente negativa, es una negación que produce y reproduce, y nos hace reproducir a la vez, nos produce como adultos reproductores de constantes.

Pero la consigna o el acto tiene otra cara, otro aspecto. Ya no la negación puesta en obra, la negación en tanto mediadora, sino la afirmación sin mediación: el devenir o el ser como infinitivo. Es lo que Deleuze-Guattari llaman “puesta en variación continua”. Ya no se trata de extraer constantes, de negar distinguiendo, de distinguir determinando; más bien se trata de afirmar lo negado por la negación, de abrir en la negación misma ese “entre” a partir del cual se constituyen los diferentes; se trata de sustraer a las constantes la unidad y la centralidad que las constituyen, de

mostrarlas como diferenciaciones de la diferencia, como variantes de la variación. Es decir, del lado de la expresión una afirmación cada vez más pura de la diferencia, funciones diferenciales o de variación, y del lado del contenido una diferenciación cada vez más extrema, un devenir como secuencia de variaciones.

Habría, pues, dos usos o dos funciones de la lengua: el uso que define a la lengua llamada “mayor” y que consiste en extraer constantes de las variables (del conjunto de actos incorporales de la lengua) a fin de constituir un sistema homogéneo, que implica un metro-patrón en relación al cual se evalúa, y determina un estado de poder y de dominación, y el uso que define a la lengua llamada “menor”, que consiste en la puesta en variación continua de todas las variables. Las lenguas menores (dialectos, idiolectos) son tan homogéneas y constantes como la lengua mayor, pero son también agentes potenciales para hacer entrar a la lengua mayor en un devenir minoritario de todas sus dimensiones. De allí que Deleuze-Guattari distingan la lengua mayor, las lenguas menores y el devenir-menor de la lengua mayor. Lo importante está en este devenir que arrastra las lenguas a un afuera que es como lo improbable de ellas mismas, es decir, ese punto en el que ellas encuentran, en el extremo de sus posibilidades, lo imposible.

Pero a partir de esta distinción entre mayor y menor en la lengua, distinguimos también una literatura mayor y una literatura menor. Como la anterior, esta distinción no se cumple entre términos complementarios o simplemente opuestos, Precisémoslo diciendo que “mayor” designa a la Literatura con mayúsculas, la literatura en su sentido institucional, la que pertenece a la cultura y a los valores de la cultura; “menor”, en cambio, es la literatura como evento, como devenir. La literatura, tal como aquí intentamos pensarla, siempre es un devenir, siempre es “menor”.

¿Por qué, sin embargo, nos desplazamos del devenir-menor de una lengua mayor a la literatura como devenir? Porque el devenir-menor de una lengua sólo lo opera la literatura. Esta afirmación no pertenece a Deleuze-Guattari, quienes quizá la rechazarían. Pero recordemos que la literatura no es para nosotros aquí un género cultural sino un acontecimiento, acontecimiento-de-literatura. Deleuze-Guattari hablan de *estilo*, definen el estilo precisamente como el procedimiento de una variación continua. Es el estilo el que lleva la lengua al afuera, más allá del dominio de las constantes, ya sean de expresión o de contenido. Es el estilo el que crea una lengua en la lengua, una lengua que es puro devenir, pura

variación. Ello es así sólo porque el estilo no es una creación individual. La literatura menor es todo lo contrario de una literatura de “maestros”, resultado del genio. Lo que el escritor dice cumple la función de enunciación colectiva, y por eso es inmediatamente político. No es que el escritor “represente” a la comunidad; si dicha comunidad existiera no se haría representar por nadie. Lo que hace es aprehender las fuerzas virtuales de una comunidad posible, y funda de ese modo los medios de otra conciencia y otra sensibilidad en las que ella se anuncia. Y sin embargo esto tampoco sería posible si el estilo fuera solamente colectivo (es decir, no individual), y no, al mismo tiempo, también singular, acontecimiento singular entendido como la aprehensión instantánea de una multiplicidad, de un devenir. El estilo aprehende lo colectivo como porvenir virtual, como devenir o multiplicidad singular.

Así pues, si la literatura sólo es inmediatamente política en el sentido “menor” de esta palabra, como micropolítica; si lo político no se encuentra en los contenidos ideológicos en ella representados sino en lo que muy sucintamente llamamos estilo, es decir, en esa afirmación vacía que destituye todos los poderes en tanto siempre son el poder del no; si el estilo opera así una relación entre lo singular y lo múltiple y no ya entre lo individual y lo colectivo; en una palabra, si lo político debe ser *leído*, en sentido estricto, y no ya “reconocido” en la obra, si no es algo presente en ella sino aquello que tiene que volver a ser afirmado como tal, esto es, la afirmación, entonces hay que preguntarse, una vez más, por la función política de la crítica, por lo que es y debe ser una crítica literaria rigurosamente política. Quizá de ese modo pueda plantearse correctamente la diferencia entre interpretación y uso, repetición y creación. Quizá entonces haya que volver a la mismidad de esa diferencia.